



Grupos interactivos: Aprender en diálogo, transformar la escuela

Natalia Linares

Sandra Santacruz

Milton Trujillo

En el marco de las Comunidades de Aprendizaje, la comprensión del aprendizaje ha experimentado una transformación profunda. Deja de concebirse como un acto individual que ocurre de manera aislada dentro del aula para entenderse como un proceso colectivo, dialógico y sostenido por la participación activa de diversos actores. Desde el enfoque del Aprendizaje Dialógico, aprender no consiste únicamente en recibir información, sino en construir conocimiento y desarrollar capacidades para hacerlo, mediante interacciones significativas entre estudiantes, docentes, familias y miembros de la comunidad. En ese intercambio, cada persona aporta desde sus experiencias, escucha los argumentos de otros, contrasta ideas y alcanza comprensiones más complejas. El aprendizaje surge, así, del encuentro entre múltiples voces que dialogan en condiciones de igualdad.

Esta manera de concebir la educación desborda el marco tradicional donde el docente aparece como único referente de saber. El aula, como escenario convencional de aprendizaje, se convierte en un espacio abierto en el que se reconoce que todas las personas pueden contribuir al aprendizaje de otras, independientemente de su rol, nivel educativo o posición social. Así, se vivencia plenamente el diálogo igualitario, pues la calidad de los argumentos, y no la jerarquía de quien los enuncia, es lo que otorga valor a las intervenciones. Esta perspectiva democratiza el acceso al conocimiento y, al mismo tiempo,

favorece relaciones más horizontales y solidarias, fundamentales para una escuela inclusiva.

En este contexto, los grupos interactivos se han consolidado como una de las actuaciones educativas de mayor impacto dentro del proyecto de Comunidades de Aprendizaje. Lo que los distingue no es solo su organización interna, sino la filosofía pedagógica que los sostiene: los principios del Aprendizaje Dialógico y la convicción de que el aprendizaje se intensifica cuando se promueven interacciones heterogéneas, frecuentes y orientadas a la colaboración. Al reorganizar el aula en pequeños grupos diversos, incorporando voluntariado de la comunidad y diseñando actividades múltiples sobre un mismo contenido, se multiplican las oportunidades de aprender. Quienes han avanzado más en un tema pueden explicar sus razonamientos; quienes enfrentan mayores dificultades reciben apoyo inmediato; y todos se benefician de diálogos que reconocen la diversidad de perspectivas como una fuente de enriquecimiento.

La evidencia acumulada en distintos países ha mostrado que esta forma de organizar el aula produce mejoras significativas tanto en el rendimiento académico como en la convivencia escolar. En contextos marcados por profundas desigualdades, los grupos interactivos han permitido que niñas, niños y jóvenes accedan a aprendizajes que, de otro modo, les resultarían poco accesibles. A la vez, impulsan actitudes como la solidaridad, el respeto por la diferencia y la confianza en las propias capacidades, elementos que influyen directamente en la autoestima, la motivación y el bienestar escolar.

Por estas razones, proponemos examinar el sentido pedagógico de los Grupos Interactivos, su funcionamiento antes, durante y después de la sesión, y los aportes que han demostrado en distintas experiencias. Además, se presentarán ejemplos de implementación y orientaciones prácticas para instituciones y docentes interesados en incorporar esta actuación en sus proyectos educativos.

Los Grupos Interactivos como Actuación Educativa de Éxito

Los grupos interactivos representan una manera innovadora de organizar el aula de clase y el aprendizaje basada en la cooperación y el diálogo.

Su estructura se funda en un principio central: las interacciones enriquecidas entre personas diversas elevan el nivel de aprendizaje más que el trabajo individual o las explicaciones unidireccionales. Para ello, las aulas se reconfiguran como escenarios donde convergen múltiples voces —de estudiantes, docentes y voluntariado— que co- construyen conocimiento a partir de actividades compartidas.

La heterogeneidad de los subgrupos es un elemento clave. Cada uno integra estudiantes con distintos ritmos de aprendizaje, experiencias culturales, estilos cognitivos y niveles de participación. Esta diversidad no se entiende como un problema a gestionar, sino como un recurso didáctico. En un mismo grupo puede coincidir un estudiante que domina el contenido con otro que apenas lo está explorando, alguien muy participativo con otro más reservado, o un niño recién llegado a la escuela con otro que conoce bien sus dinámicas. Estas diferencias generan un ambiente donde explicaciones, preguntas y comparaciones surgen de forma natural, fortaleciendo la comprensión de todos.

El papel de voluntarios —familias, egresados, estudiantes universitarios o vecinos— añade una dimensión comunitaria al proceso educativo. Su función no es sustituir al docente ni impartir el contenido, sino acompañar las actividades, promover la participación y crear un clima de confianza en el que cada estudiante se sienta escuchado. Su presencia amplía las oportunidades de interacción y cuestiona la idea de que la educación es responsabilidad exclusiva de la escuela.

Un ejemplo ilustrativo se observa en una clase de matemáticas de educación primaria centrada en el concepto de fracción. El docente diseñó actividades manipulativas con frutas, ejercicios escritos, problemas contextualizados y juegos con fichas de colores. Cada grupo trabajó una de estas propuestas acompañado por un voluntario y, al finalizar el tiempo establecido, rotó hacia la siguiente. La combinación de heterogeneidad y diálogo permitió que estudiantes con dificultades comprendieran nociones que antes les resultaban inaccesibles. Un niño que solía evitar participar tuvo la oportunidad de explicar a sus compañeros cómo resolver un ejercicio, fortaleciendo su confianza y sentido de competencia. Al finalizar la jornada, varios estudiantes pidieron continuar resolviendo problemas, un indicador claro del nivel de motivación generado por la dinámica.

Más allá de ejemplos puntuales, experiencias sostenidas en diversos contextos han reportado mejoras sistemáticas en los aprendizajes cuando el aula se estructura mediante grupos interactivos. En escuelas con altos índices de vulnerabilidad social, esta actuación ha contribuido a incrementar el rendimiento académico y a reducir brechas educativas. Al mismo tiempo, la convivencia escolar se fortalece: el trabajo cooperativo disminuye comportamientos disruptivos y fomenta la solidaridad, el respeto y la escucha mutua.

El “antes”: diseño pedagógico, sentido formativo y apertura a la comunidad.

La potencia de los grupos interactivos no se juega únicamente en la sesión misma, sino en la arquitectura pedagógica que se construye antes de que los estudiantes entren al aula. Este primer momento es decisivo porque encarna una visión del aprendizaje: no se trata de improvisar dinámicas grupales, sino de crear deliberadamente condiciones para que la diversidad se convierta en motor de conocimiento.

Vale la pena señalar aquí, que los Grupos Interactivos pueden hacerse en cualquier asignatura y pueden emplearse luego de que un tema se haya trabajado en clase. Esta actuación de Éxito ayuda genuinamente a consolidar los aprendizajes o comprensiones sobre los temas que aborda el currículo.

En primer lugar, el docente conforma subgrupos heterogéneos, diseñados con intención para que convivan distintas trayectorias escolares, ritmos de aprendizaje, formas de participación, dominios diferenciados del contenido de la asignatura y experiencias socioculturales múltiples. Esta heterogeneidad no responde a criterios administrativos, sino al convencimiento de que la mezcla de perfiles amplía la circulación de explicaciones, estrategias y razonamientos entre estudiantes. La diversidad — académica, lingüística, cultural, emocional— deja de ser una fuente de fragmentación para convertirse en un insumo pedagógico.

En segundo lugar, la planificación de las actividades constituye un ejercicio de diseño curricular exigente, en el que maestras y maestros podrán desplegar toda su creatividad y saber pedagógico. Preparar varias propuestas sobre un mismo contenido implica reconocer que el aprendizaje se fortalece cuando una idea se aborda desde múltiples registros: manipulativos, gráficos, simbólicos, narrativos, lúdicos.

Esta multiplicidad no busca “variar por variar”, sino activar distintos modos de pensamiento para que todos los estudiantes encuentren una vía accesible y, al mismo tiempo, retadora hacia el saber. El objetivo no es repetir ejercicios, sino generar oportunidades para comprender, comparar estrategias, justificar decisiones y reconstruir el contenido de manera colectiva. Con ello, se estimula la dimensión instrumental del aprendizaje que tiene que ver con fomentar el desarrollo de aquellas habilidades fundamentales y esenciales que toda persona necesita para participar plenamente en la sociedad, tales como la lectoescritura, el lenguaje matemático, la resolución de problemas, el uso de Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), etc.

El tercer elemento esencial del “antes” es la apertura a la comunidad mediante la participación de voluntarios. Esta invitación transforma la lógica tradicional de la escuela como espacio cerrado. Familias, egresados, estudiantes universitarios o vecinos no llegan para reemplazar al docente, sino para enriquecer la interacción, ampliar las voces presentes y reafirmar que la educación es una responsabilidad compartida. Su presencia reconoce saberes diversos, la inteligencia cultural, humaniza el ambiente escolar y fortalece el tejido social que rodea la vida educativa. Incluso en contextos donde la participación familiar no es habitual, estrategias creativas —como el “gusano de asistencia” que crece con cada visita— muestran que la comunidad responde cuando la escuela invita, confía y ofrece un lugar genuino para involucrarse.

Al respecto, es importante resaltar que involucrar a la comunidad tiene dos retos que deben ser asumidos desde la planeación de la actuación; el primero es la mentalidad para hacerlo, que requiere quebrar la lógica convencional, pues se pueden presentar miedos, preconcepciones e ideas erróneas sobre el papel de las familias y los voluntarios en el proceso de aprendizaje. El segundo reto implica la organización logística de la escuela para facilitar la participación y abrir las puertas a las familias y a la comunidad, que va desde la flexibilidad y autorización para el ingreso de los voluntarios, hasta el reconocimiento de sus saberes y experiencias, y su valoración como actores del proceso formativo.

El “durante”: interacciones poderosas, diálogo igualitario y construcción colectiva

En la sesión, los grupos interactivos despliegan su fuerza transformadora. El aula deja de ser un espacio centrado en la explicación docente para convertirse en un ecosistema dinámico de diálogo, exploración y cooperación. Cada actividad tiene una duración breve —entre 15 y 20 minutos— que favorece la concentración y mantiene el interés del grupo. La rotación de los subgrupos no es un simple movimiento logístico: garantiza que cada estudiante experimente retos diversos, se encuentre con distintas formas de pensar y dialogue con personas diferentes, incluidos los voluntarios.

El ambiente del “durante” se caracteriza por un murmullo productivo: las voces se superponen, surgen preguntas espontáneas, aparecen explicaciones entre pares y los argumentos circulan con naturalidad. Esta atmósfera, lejos de ser signo de desorden, encarna la noción de interacción con sentido. Los estudiantes no se limitan a repetir procedimientos; los reconstruyen colectivamente, con lo cual ponen en práctica la solidaridad y la cooperación entre sí. El docente deja de controlar cada paso para asumir el rol de mediador que observa, orienta, formula preguntas que profundizan el pensamiento y desafía a quienes ya han avanzado.

Este momento se vincula estrechamente con la concepción vygotskiana del aprendizaje como experiencia social. En los grupos interactivos, la zona de desarrollo próximo se activa de modo constante: quien ha comprendido un concepto apoya a quien empieza a explorarlo; la explicación se convierte en acto de aprendizaje tanto para quien enseña como para quien recibe la ayuda. Los ejemplos que emergen de la experiencia cotidiana de los estudiantes suelen resultar más potentes que cualquier definición abstracta, porque conectan saber escolar y vida diaria.

La presencia de voluntarios es fundamental en el proceso. Cuando participan en igualdad de condiciones con estudiantes y docentes, se refuerza la idea de que todas las personas pueden contribuir al aprendizaje. La figura del adulto externo no introduce una nueva jerarquía, sino una comunidad ampliada: su rol es habilitar la palabra, escuchar, reconocer avances y animar a los estudiantes a dialogar entre sí. Estos adultos, desde sus historias y códigos

lingüísticos compartidos con los estudiantes, facilitan que niños y jóvenes se relacionen entre sí y con las actividades propuestas por el/la docente. Este contacto intergeneracional y comunitario crea un clima afectivo que favorece la participación, especialmente de quienes suelen situarse en la periferia en clases tradicionales.

El “después”: evaluación dialógica, sentido compartido y retroalimentación transformadora

El trabajo posterior a la sesión no se limita a revisar producciones o asignar calificaciones. En los grupos interactivos, el “después” es un momento de síntesis pedagógica en el que se recoge la riqueza de la interacción y se proyectan nuevas oportunidades de aprendizaje.

La retroalimentación de los voluntarios se convierte en un insumo valioso para las y los maestros. Sus observaciones —quién participó más, quién se mostró inseguro, qué actividades generaron mayor discusión, qué gestos evidenciaron comprensión o desconcierto— aportan una mirada complementaria a la del docente, y son una manera de concretar la participación educativa de la comunidad en la escuela. Esta multiplicidad de perspectivas desafía la visión única y permite comprender de manera más completa lo ocurrido en el aula.

La evaluación adquiere, así, un carácter integral. No se centra exclusivamente en los resultados cognitivos, sino también en las transformaciones comunicativas, actitudinales y socioemocionales que emergen de la experiencia. Importa tanto la respuesta correcta como la capacidad de explicar, escuchar, cooperar o sostener un argumento. Esta forma de evaluación reconoce que aprender no es solamente acumular aciertos, sino participar de manera cada vez más plena en una comunidad de conocimiento.

El “después” permite, además, ajustar el diseño de futuras sesiones: modificar actividades, reorganizar grupos, identificar necesidades de apoyo o plantear nuevos desafíos. La actuación no se repite de manera mecánica; se afina en cada ciclo, a partir de la reflexión conjunta entre docentes, voluntarios y estudiantes. De este modo, el “después” no cierra el proceso, sino que abre un nuevo tramo del camino: se convierte en punto de partida para seguir aprendiendo de forma dialógica, comunitaria y transformadora.

Impactos transformadores y orientaciones para la implementación de los Grupos Interactivos

Los Grupos Interactivos se han consolidado como una de las Actuaciones Educativas con mayor capacidad para transformar simultáneamente los aprendizajes y la convivencia escolar. Su impacto no se limita al incremento del rendimiento académico —que, en numerosos contextos vulnerables, evidencia mejores resultados que llegan a superar los promedios nacionales—, sino que se extiende a dimensiones actitudinales, convivenciales, socioemocionales y comunitarias que rara vez emergen con igual fuerza en metodologías más tradicionales.

En términos de aprendizaje, la interacción constante favorece procesos cognitivos profundos: al explicar a un compañero, contrastar formas de resolver un problema o escuchar argumentos distintos, los estudiantes fortalecen su comprensión conceptual y desarrollan habilidades metacognitivas que difícilmente se activan en trabajos individuales. La diversidad de voces se convierte en una ventaja pedagógica: quienes tienen más avances consolidan lo que saben al explicarlo; quienes encuentran dificultades reciben apoyo inmediato; y todos participan en un proceso que dignifica sus aportes.

Los efectos trascienden el dominio de contenidos. La convivencia escolar se transforma porque los grupos interactivos generan experiencias de reconocimiento mutuo. Estudiantes que antes llegaban al aula con temor, desconfianza o sentimientos de incompetencia —incluidas víctimas de exclusión, acoso o baja autoestima— encuentran en esta dinámica un lugar donde sus ideas son valoradas y su participación resulta necesaria. La posibilidad de explicar, ayudar o plantear una propuesta frente al grupo reconfigura su identidad académica y social: pasan de sentirse “incapaces” o “marginados” a reconocerse como sujetos capaces de contribuir al aprendizaje colectivo. Este cambio subjetivo, en apariencia pequeño, tiene efectos profundos: mejora la motivación, incrementa la asistencia, fortalece la seguridad personal y transforma la relación con la escuela.

El impacto comunitario también es significativo. La presencia de voluntarios — familias, egresados, vecinos, estudiantes universitarios— ensancha la red de afectos, apoyos y referentes que circulan por el aula. La

escuela deja de ser un espacio exclusivamente institucional y se convierte en un territorio compartido donde la educación se asume como tarea colectiva. Esta apertura genera vínculos más sólidos entre escuela y comunidad y revitaliza la confianza en la capacidad transformadora de la educación pública.

Estos resultados, sin embargo, no aparecen por inercia. Requieren un trabajo docente intencionado, sistemático y sensible a la diversidad. Para quienes deseen implementar grupos interactivos en sus instituciones, pueden considerarse las siguientes orientaciones como puntos de partida para una práctica sólida y sostenible:

Planificación pedagógica rigurosa. Diseñar grupos heterogéneos, preparar actividades variadas y convocar voluntarios es el núcleo de la actuación, no un trámite logístico. Una buena sesión se construye mucho antes de comenzar la clase.

Formación y acompañamiento a la comunidad voluntaria. Los voluntarios no necesitan dominar los contenidos, pero sí comprender su función: promover la participación, escuchar activamente, animar el diálogo y fortalecer las relaciones de confianza.

Actividades retadoras y diversas. Las propuestas deben movilizar distintos modos de pensamiento y permitir que el contenido se aborde desde múltiples registros. La variedad evita la monotonía y mantiene alta la motivación. La selección de las actividades debe irse afinando paulatinamente, revisándose continuamente, porque deben ser interesantes, desafiantes y logrables por el grupo.

Gestión clara del tiempo y de las rotaciones. Los intervalos breves y las rotaciones organizadas mantienen el dinamismo del aula y aseguran que todos los estudiantes pasen por todas las actividades y voces disponibles.

Diálogo igualitario como principio rector. En los Grupos Interactivos, cada voz vale en la medida en que aporta al razonamiento colectivo. El docente debe facilitar conversaciones en las que estudiantes y voluntarios participen desde la igualdad.

Integración real de la comunidad. Abrir la escuela a familias, egresados y vecinos no solo incrementa los recursos humanos, sino que revitaliza el sentido social de la educación y fortalece la corresponsabilidad.

Evaluación cualitativa y seguimiento continuo. Más allá de los resultados individuales, es fundamental valorar las interacciones, la cooperación, la capacidad de explicar y la evolución socioemocional de los estudiantes. Esta mirada integral orienta ajustes y mejoras posteriores. Este aspecto debe ser valorado con atención y cuidado. La experiencia ha demostrado que, al inicio de la implementación de esta actuación, es posible que no todos los grupos logren terminar las actividades, e incluso que no las resuelvan bien, pero eso no implica una valoración negativa, pues se debe acompañar a hacer explícito el proceso y la conciencia de cómo esto lleva al resultado esperado. Con el tiempo, la interacción y el acompañamiento, el grupo entero irá logrando terminar las actividades y resolver adecuadamente las actividades propuestas.

Adaptabilidad a distintos niveles educativos. Aunque su uso es frecuente en primaria, los grupos interactivos pueden aplicarse en secundaria, bachillerato e incluso educación superior, ajustando el tipo de actividades y la complejidad de los contenidos.

Continuidad y reflexión docente. La implementación sostenida permite observar transformaciones reales. Las primeras sesiones pueden presentar desafíos, pero la práctica mejora cuando se reflexiona sobre ella, se comparten aprendizajes y se construye una visión colectiva del proceso.

Promoción de una cultura de transformación. Más que una técnica, los grupos interactivos expresan un modo distinto de entender la educación. Su consolidación exige valorar la diversidad, fomentar la solidaridad, reconocer la potencialidad de cada estudiante y asumir la investigación-acción como parte del oficio docente.

Aprender conjuntamente. Para iniciar la implementación de esta actuación, si se cuentan con las posibilidades reales, se sugiere un encuentro con otros profesores o profesoras que también quieran hacerlo y comenzar juntos este proceso. Aprendiendo juntos en colaboración, se puede encontrar un apoyo, lograr más integraciones, e incluso compartir procesos de planeación

y creatividad. Por supuesto, quien tenga la fortuna de visitar una experiencia de Grupo Interactivo ya implementada, contaría con la posibilidad de vivenciar cómo se desarrollan las actividades y cómo se evidencian los logros. En Latinoamérica, y en Colombia, contamos con el apoyo de la Red Latinoamericana de Comunidades de Aprendizaje, y la Red Colombiana de Comunidades de Aprendizaje, quienes están dispuestos a compartir experiencias y estrategias con evidencia e impacto real en diversos contextos.

Cierre abierto

En conjunto, los grupos interactivos no solo elevan los aprendizajes y mejoran el clima escolar: inauguran una forma más democrática, humana y comunitaria de vivir la escuela. Constituyen una puerta de entrada hacia otra manera de comprender la educación y de habitar el aula. Su fuerza no reside únicamente en los resultados académicos que generan, sino en la transformación de las relaciones, de la participación y de la construcción colectiva del conocimiento. Allí donde se implementan, la diversidad se convierte en riqueza, las voces que antes permanecían al margen encuentran un lugar legítimo desde el cual aportar y la comunidad vuelve a sentirse parte activa de la formación de niñas, niños y jóvenes.

Esta actuación cuestiona la imagen de una escuela centrada en la transmisión unilateral y propone, en su lugar, una institución que escucha, dialoga, reconoce y crea oportunidades de aprendizaje sustentadas en la colaboración y el respeto mutuo. El aula se convierte en un territorio compartido donde estudiantes, docentes, familias y comunidad crean sentido y participan en la construcción del saber, contribuyen al crecimiento de otros y se reconocen como sujetos capaces de transformar su realidad.

La experiencia acumulada muestra que, cuando los equipos docentes planifican con intención pedagógica, convocan a la comunidad, diseñan actividades que desafían y motivan, y abren espacio al diálogo igualitario, la escuela cambia de raíz. Se transforman los aprendizajes, pero también la manera en que los estudiantes se ven a sí mismos, el modo en que los docentes comprenden su rol y la relación de la comunidad con la institución educativa.

Este cierre no busca clausurar el debate, sino abrir posibilidades. Cada escuela puede adaptar, recrear y fortalecer los grupos interactivos según sus contextos y necesidades, siempre desde la convicción de que el aprendizaje florece cuando se tejen redes de diálogo, solidaridad y participación. No se sabe de antemano hasta dónde puede llegar la transformación cuando una comunidad educativa decide apostar por prácticas que democratizan el aula y devuelven protagonismo a quienes históricamente han sido silenciados.

La invitación es a seguir explorando, reflexionando y creando. Que esta reflexión funcione como punto de partida, impulso e inspiración para que más instituciones den el paso hacia una educación más justa, colaborativa y humanizante. Ojalá que cada escuela que emprenda este camino descubra, al igual que tantas otras, que cuando se abre el aula al diálogo y a la comunidad, todos aprenden, todos enseñan y todos crecen juntos.

